Discurso a los Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Agentes Pastorales

Papa León XIV

Pronunciado en la Catedral de «Nuestra Señora de la Asunción» de Córdoba durante el encuentro pastoral con el clero y las comunidades consagradas en la tarde del 10 de noviembre de 2026.

«Queridos hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera comenzar agradeciendo al Cardenal Rossi sus palabras, también a quienes han compartido sus testimonios y a todos por el cariño con el que me han recibido. Me alegra mucho encontrarme hoy con ustedes. Ustedes de la vida consagrada, seminaristas, sacerdotes, todos los bautizados que han entregado la vida al servicio del Señor y de su pueblo.

Durante este último canto muchos de ustedes estaban con las manos en el aire; quizás para saludarme, quizás para acompañar el canto. Estas son las manos que Jesús está buscando y quiere sus manos para continuar su misión.

Mientras preparaba estas palabras, vinieron a mi memoria los Ejercicios Espirituales, tan presentes en la historia de esta tierra. Ha sido una feliz coincidencia escuchar a la Hna. María Elisabeth evocar una de sus contemplaciones. Cuando su práctica corría el riesgo de perderse, Mama Antula recorrió enormes distancias para mantenerlos al alcance de todos. Décadas después, el santo Cura Brochero hizo de ellos una pieza central de su ministerio, atravesando las sierras junto a sus paisanos hasta esta ciudad, para que pudieran encontrarse personalmente con Dios. Y recientemente, un jesuita argentino, el Papa Francisco, llevó consigo la riqueza de la espiritualidad ignaciana y la compartió con la Iglesia universal. También hoy sacerdotes, seminaristas, familias religiosas y laicos se retiran para guardar silencio y volver a preguntarse delante de Dios qué quiere Él de sus vidas.

Quisiera, por eso, dejar que algunas de las preguntas de los Ejercicios nos acompañen esta tarde. San Ignacio comienza con el Principio y fundamento (cf. n. 23). Así, la primera pregunta es esta: ¿para qué estamos aquí? Antes de cualquier responsabilidad, ministerio o tarea, hubo una llamada. Cristo pasó un día por nuestra vida, nos llamó y comprendimos que valía la pena seguirlo. Todo lo que vendría después debería seguir naciendo de aquel primer sí. Con los años puede ocurrir algo paradójico: trabajar mucho para Dios y pasar cada vez menos tiempo con Dios. Seguimos sirviendo, celebrando y atendiendo tantas tareas necesarias, pero podemos terminar apoyándonos más en lo que hacemos que en Aquel por quien lo hacemos. El Principio y fundamento vuelve entonces a poner cada cosa en su sitio: nuestra vida pertenece a Dios y solo encuentra su orden cuando todo lo demás lo tiene a Él como centro. Volvamos, pues, con sencillez a la Eucaristía, a la escucha de la Palabra, a ese trato con el Señor que sostiene todo lo demás. Cuidemos ese fuego que un día encendió nuestra vocación y no permitamos que las urgencias, el cansancio o la rutina terminen por apagarlo.

Luego, durante los Ejercicios, nos encontramos con preguntas que no podemos eludir: ¿qué se ha ido desordenando en nosotros?, ¿en qué le hemos fallado a Dios? (cf. nn. 32-43). Después de pocos o muchos años de haberle dicho sí al Maestro, podríamos acostumbrarnos a cosas que antes nos habrían inquietado: dureza con los demás, resistencia a dejarnos corregir, rivalidades, afectos, pecados o apegos

que nos van quitando libertad. Puede suceder incluso algo más grave: que aprendamos a justificarlo todo, encontrando “razones pastorales”, comunitarias o personales para aquello que sabemos que no está bien. Fallamos también cuando no hacemos el bien que nos correspondía: cuando ya no escuchamos con paciencia, cuando elegimos la comodidad o cuando callamos ante algo que deberíamos afrontar. No existe una edad en la que se pueda prescindir de la conversión. Necesitamos examinar la conciencia, acudir a la confesión y conservar la humildad de dejarnos corregir. Queridos hermanos y hermanas, tengamos el valor de reconocer con claridad en qué no le hemos sido fieles a Dios y de ponerlo delante de su misericordia.

Y precisamente solo después de haber mirado de frente el propio pecado, san Ignacio nos coloca delante de Cristo, el Rey eternal (cf. nn. 91-98), que sigue llamando y sigue enviando. El Señor sabía de qué barro estábamos hechos, y aun así quiso contar con nosotros (cf. 2 Co 4,7). La pregunta, por tanto, no es cuánto le hemos fallado, sino si seguimos disponibles para Él. En los albores de la vocación solemos ofrecerlo todo. Después pasan los años, y llegan las preferencias, los lugares donde uno se siente cómodo y una cierta idea de cómo debería continuar la propia historia. ¿Puede todavía el Señor enviarnos donde no habíamos pensado? ¿Puede pedirnos que dejemos algo a lo que hemos entregado años o que aceptemos una tarea que nunca habríamos elegido? Esa libertad es la que se va purificando en las meditaciones de Dos banderas, de los Tres binarios y de la elección (cf. nn. 136-189): aprender a reconocer qué nos ata, qué condiciona nuestras decisiones y hasta dónde estamos dispuestos a dejar que Dios obre en nuestra vida. En efecto, hemos sido enviados a un pueblo y debemos preguntarnos qué estamos llamados a ofrecerle. Queridos seminaristas, aprendan a mirar con los ojos de Dios y a dejarse evangelizar por su pueblo. Quien menos tiene también puede enseñarnos mucho, como descubrió Julián en Misa. La Iglesia que peregrina en Argentina cuenta con la riqueza de una sensibilidad muy viva hacia las necesidades sociales de sus hijos. De ella han nacido tantas presencias generosas junto a quienes sufren. Pero esa cercanía debe llevarnos todavía más lejos, porque cada persona a la que servimos está llamada a encontrarse con Cristo y a ser transformada por Él. El Papa Francisco lo expresó con palabras que merecen ser recordadas: «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 200). El hambre y las injusticias apremian y reclaman una respuesta. También la enfermedad, la soledad, la falta de trabajo o de una vivienda digna. La caridad cristiana se compromete seriamente con todo ello. Sin olvidar que quien sufre necesita recibir de nosotros el mayor don que la Iglesia posee: Jesucristo. Mi querido Predecesor lo manifestó con particular claridad: «la Iglesia no es un negocio, no es una agencia humanitaria, la Iglesia no es una ONG; la Iglesia está enviada a llevar a todos a Cristo y su Evangelio. […] Si por hipótesis una vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa sería una Iglesia muerta» (Catequesis, 23 octubre 2013). ¡Qué grande es, entonces, nuestra vocación! Ser portadores de la presencia de Cristo, hacer posible el encuentro con Él por la Palabra, los sacramentos y una cercanía que ayude a reconocer su presencia en la propia vida. El pueblo que les ha sido confiado ansía recibir de ustedes aquello que la Iglesia lleva siglos custodiando para él.

Después de la elección, los Ejercicios conducen al ejercitante a permanecer junto a Cristo en su Pasión (cf. nn. 190-217). Quien ha elegido seguir al Señor aprende entonces a estar con Él cuando ese seguimiento pasa por la cruz (cf. Lc 9,23). También nuestra vocación conoce esas horas: cuando el fruto no se ve, cuando servir cuesta y cuando la fidelidad ya no recibe el apoyo del entusiasmo de los primeros años. Muchos de ustedes conocen bien esa forma de fidelidad fatigosa: continuar rezando cuando la oración se vuelve árida y seguir sirviendo cuando por más que se trabaja parece que nada

cambia. Hay etapas en la vida sacerdotal y consagrada en las que permanecer es ya una forma muy concreta de entrega. Aun con interrogantes y cansancio, uno sigue diciendo con su vida: "aquí estoy". San Héctor Valdivielso, el primer santo argentino, es modelo de esa fidelidad. Tenía apenas veinticuatro años y acababa de concluir sus Ejercicios Espirituales anuales cuando aquello que apenas había puesto delante de Dios tuvo que sostenerlo en la prueba. La oración se hizo entonces testimonio, y el testimonio llegó hasta derramar su sangre. Hay también otras formas de dar testimonio, perseverando en medio del sufrimiento. Laura y el padre Martín me han hecho pensar en mi reciente hospitalización y también recordar al Cura Brochero que, ciego y enfermo de lepra, seguía sirviendo a su pueblo. En nuestros días, la idea de servirse de la tecnología para continuar dando testimonio es maravillosa; sean creativos y encuentren nuevos modos de seguir predicando. Queridos amigos, recuerden, lo que evangeliza es la manera de vivir nuestra vocación. Ni la edad ni las limitaciones del cuerpo pueden apagar el celo: nuestras fuerzas pueden agotarse, pero jamás el poder de Dios. Y ese poder se revela en la Resurrección del Señor. San Ignacio conduce al ejercitante hacia el Resucitado y le pide contemplar cómo Cristo ejerce el «oficio de consolar» (n. 224). Allí nos enseña a descubrir dónde está actuando el Maestro y a recibir de Él fuerza para volver a la misión. También la Iglesia que peregrina en Argentina necesita mirarse a sí misma, reconociendo con gratitud lo que Dios ya está suscitando en ella y preguntándose por dónde quiere Él abrir nuevos caminos. El Resucitado ya está allí, y nos precede (cf. Mt 28,7).

Al final de los Ejercicios, la Contemplación para alcanzar amor invita a reflexionar sobre cuánto hemos recibido de Dios (cf. nn. 230-237). Y ante tanto don, san Ignacio propone como respuesta: «Toma, Señor, y recibe…» (n. 234). El itinerario del retiro termina donde todo inició: en una vida puesta nuevamente a disposición de Dios, con sus posibilidades y también con sus límites. Tal vez la pregunta a la que tratemos de responder hoy sea: ¿puede todavía el Señor disponer de mí? Y si la respuesta sigue siendo "sí", entonces hay mucho por delante. ¡No bajemos los brazos! Jesús sigue caminando con su Iglesia y haciendo fecunda la vida de quienes se ponen en sus manos. Argentina conoce bien lo que Dios puede hacer con una vida disponible. Mama Antula llegó a Buenos Aires descalza y solo con un crucifijo: llevaba poco, pero era lo necesario para empezar. Brochero siguió predicando, aunque muchas veces únicamente Dios y su mula fueran testigos del cansancio. El beato Ceferino murió antes de cumplir diecinueve años; no tuvo tiempo de envejecer, pero sí de dejar muy claro para quién quería vivir. Dios sigue derramando su gracia y quiere contar con ustedes para hacerla llegar desde La Quiaca hasta Ushuaia, y hasta el último rincón de la tierra (cf. Mc 16,15). ¡Atrévanse a mirar a la Argentina con los ojos de Dios! Sueñen con jóvenes preguntándose si Cristo los llama; con parroquias que sean comunidades vivas de fe; con familias religiosas que tengan la audacia de sus fundadores; con seminarios y noviciados donde se formen santos… ¡Sueñen con una Iglesia que siga haciendo lío, como les pidió su paisano Francisco! (cf. Encuentro con los jóvenes argentinos, Río de Janeiro, 25 julio 2013). Un lío que la lleve a todos los rincones y haga resonar por doquier el Evangelio de Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas, si algo nos enseñan los Ejercicios es que después de mirar la propia vida delante de Dios hay que volver a ella distintos. Volvamos a nuestras comunidades con esperanza, con libertad y con ganas de seguir sirviendo. Quizá nosotros no veremos todo lo que Dios hará con lo que hoy sembramos; tampoco lo vieron los que nos precedieron, pero sin su entrega hoy no estaríamos aquí. Que Dios encuentre en nosotros hombres y mujeres dispuestos a seguirlo y a ser modelados por su amor. Gente que no "afloje" hasta llegar a la santidad. El Señor ha hecho cosas grandes en esta tierra y estoy convencido de que todavía hará muchas más. Que Nuestra Señora de Luján acompañe este camino

y nos ayude a decirle al Señor, con la vida, que puede seguir contando con nosotros. Muchas gracias.»